

EUSEBIO DE CESAREA

**HISTORIA
ECLESIÁSTICA**

LIBRO TERCERO

El libro tercero de la *Historia Eclesiástica* contiene lo siguiente:

1. En qué partes de la tierra predicaron a Cristo los apóstoles.
2. Quién fue el primero que presidió la Iglesia de Roma.
3. De las cartas de los apóstoles.
4. De la primera sucesión de los apóstoles.
5. Del último asedio de los judíos después de Cristo.
6. Del hambre que los oprimió.
7. De las profecías de Cristo.
8. De las señales que precedieron a la guerra.
9. De Josefo y los escritos que dejó.
10. De qué manera cita los libros divinos.
11. De cómo después de Santiago dirige la Iglesia de Jerusalén Simeón.
12. De cómo Vespasiano ordena que se busque a los descendientes de David.
13. De cómo el segundo en dirigir a los alejandrinos es Abilio.
14. De cómo el segundo obispo de Roma es Anacleto.
15. De cómo el tercero, después de él, es Clemente.
16. De la carta de Clemente.
17. De la persecución bajo Domiciano.
18. Del apóstol Juan y el *Apocalipsis*.
19. De cómo Domiciano ordena dar muerte a los descendientes de David.

20. De los parientes de nuestro Salvador.
21. De cómo el tercero en dirigir la Iglesia de Alejandría es Cerdón.
22. De cómo el segundo en la de Antioquía es Ignacio.
23. Relato sobre el apóstol Juan.
24. Del orden de los evangelios.
25. De las divinas Escrituras reconocidas y sobre las que no lo son.
26. Del mago Menandro.
27. De la herejía de los ebionitas.
28. Del heresiarca Cerinto.
29. De Nicolás y de los que de él toman el nombre.
30. De los apóstoles cuyo matrimonio está comprobado.
31. De la muerte de Juan y de Felipe.
32. De cómo sufrió martirio Simeón, el obispo de Jerusalén.
33. De cómo Trajano prohibió que se buscara a los cristianos.
34. De cómo el cuarto en dirigir la Iglesia de Roma es Evaristo.
35. De cómo el tercero en la de Jerusalén es Justo.
36. De Ignacio y sus cartas.
37. De los evangelistas que todavía entonces se distinguían.
38. De la carta de Clemente y los escritos que se le atribuyen falsamente.
39. De los escritos de Papías.

I

[EN QUÉ PARTES DE LA TIERRA PREDICARON A CRISTO LOS APÓSTOLES]

I Tal era la situación de los judíos, mientras los santos apóstoles y discípulos de nuestro Salvador se habían esparcido por toda la tierra: a Tomás, según quiere una tradición, le tocó en suerte Par-

tía 1; a Andrés, Escitia; a Juan, Asia, donde 2 se estableció, muriendo en Efeso.

2 Pedro, según parece, predicó en el Ponto, en Galacia y en Bitinia, en Capadocia y en Asia 3, a los judíos de la diáspora; al final llegó a Roma y fue crucificado con la cabeza para abajo, como él mismo había pedido padecer.

3 ¿Y qué decir de Pablo, que desde Jerusalén hasta el Ilírico cumplió con la predicación del Evangelio de Cristo 4 y, finalmente, sufrió martirio en Roma bajo Nerón? Esto lo dice Orígenes literalmente en el tomo III de sus *Comentarios al Génesis* 5.

2

[QUIÉN FUE EL PRIMERO QUE PRESIDÓ LA IGLESIA DE ROMA]

Después del martirio de Pablo y de Pedro, el primero en ser elegido para el episcopado de la Iglesia de Roma es Lino. Lo menciona Pablo cuando escribe desde Roma a Timoteo, en la despedida al final de la carta 6.

[SOBRE LAS CARTAS DE LOS APÓSTOLES]

1 De Pedro está admitida una sola carta, la llamada *I de Pedro*. Los mismos presbíteros antiguos la utilizaron como algo indiscutible en sus propios escritos⁷. En cambio, de la llamada *II carta*, la tradición nos dice que no es testamentaria⁸; sin embargo, por parecer provechosa a muchos, se la ha tomado en consideración con las otras Escrituras⁹.

2 En cuanto a los *Hechos* que llevan su nombre y el *Evangelio* llamado suyo¹⁰, así como la *Predicación* que se dice ser suya y el llamado *Apocalipsis*¹¹, sabemos que en modo alguno han sido transmitidos entre los escritos católicos¹², pues ningún autor eclesiástico¹³, ni antiguo ni moderno, ha utilizado testimonio alguno sacado de ellos.

3 A medida que avance esta *Historia*, iré haciendo adrede que, junto con las sucesiones, sean indicados quiénes de los escritores eclesiásticos, según las épocas, usaron de los libros discutidos y de cuáles de ellos, y también qué dicen de los escritos testamentarios y admitidos, y qué de los que no lo están¹⁴.

4 Ahora bien, los escritos que llevan el nombre de Pedro, de los cuales solamente una única carta conocemos como auténtica y admitida entre los presbíteros antiguos, son los dichos.

5 En cambio, es evidente y claro que las catorce *Cartas* son de Pablo¹⁵. Con todo, no es justo ignorar que algunos han rechazado la *carta a los Hebreos*, diciendo que la Iglesia de Roma no la admite por creer que no es de Pablo¹⁶. Lo que sobre ésta han dicho los que me han precedido, lo expondré a su debido tiempo¹⁷. Naturalmente, tampoco he aceptado entre los escritos indiscutidos los *Hechos* que se dicen ser de él¹⁸.

6 Mas, como quiera que el mismo apóstol, en las despedidas finales de la *carta a los Romanos*¹⁹, menciona, junto con otros, a Hermas—de quien se dice que es el libro del *Pastor*²⁰—, ha de saberse que también algunos rechazan este libro y que por causa de ellos no se le puede poner entre los admitidos; en cambio, otros lo juzgan muy necesario, especialmente para los que precisan de una introducción elemental. Por esta razón sabemos que se ha leído públicamente en las iglesias y hemos comprobado que algunos escritores de los más antiguos han hecho uso de él.

7 Baste lo dicho como exposición de cuáles son las divinas Escrituras no discutidas y cuáles las que no todos admiten.

[DE LA PRIMERA SUCESIÓN DE LOS APÓSTOLES]

1 Que Pablo predicó a los gentiles y que, desde Jerusalén, en gira hasta el Ilírico, puso los cimientos de las iglesias, aparece bien claro en sus propias palabras²¹ y en lo que Lucas narra en los *Hechos*.

2 Por las palabras de Pedro en su *Carta*, de la que ya hemos dicho²² que está admitida, y que escribe a los hebreos de la diáspora, moradores del Ponto, de Galacia, de Capadocia, de Asia y de Bitinia²³, se ve claro en qué provincias predicó él a Cristo y transmitió la doctrina del Nuevo Testamento a los que procedían de la circuncisión²⁴.

3 Pero no es fácil decir cuántos y quiénes de éstos, convertidos en hombres de celo genuino, fueron considerados capaces de apa- centar las iglesias fundadas por estos apóstoles, a no ser los que se pueda ir espigando en los escritos de Pablo.

4 Este, efectivamente, tuvo innumerables colaboradores y—como él mismo los llama—compañeros de milicia²⁵. A la mayor parte los considera dignos de recuerdo imperecedero y en sus propias cartas da continuo testimonio de ellos. Y no sólo eso, que también Lucas en los *Hechos* da una lista de los discípulos de Pablo y los menciona por su nombre.

5 De Timoteo al menos se refiere que fue el primero en ser designado para el episcopado de la iglesia de Efeso ²⁶, así como Tito, de las iglesias de Creta ²⁷.

6 Lucas, en cambio, oriundo de Antioquía por su linaje y médico de profesión ²⁸, fue la mayor parte del tiempo compañero de Pablo. Mas su trato con los otros apóstoles tampoco fue superficial: de ellos adquirió la terapéutica de las almas, de la que nos dejó ejemplos en dos libros divinamente inspirados: el *Evangelio*, que atestigua haber compuesto según lo que le habían transmitido los que desde el principio fueron testigos oculares y se hicieron servidores de la doctrina, a todos los cuales dice él que siguió ya desde el comienzo ²⁹, y los *Hechos de los Apóstoles* que compuso, no ya con lo que había oído, sino con lo visto por sus ojos.

7 Se dice también que Pablo acostumbraba a hacer mención del *Evangelio de Lucas* siempre que, escribiendo, decía como si se tratara de un evangelio suyo propio: *según mi Evangelio* ³⁰.

8 De los restantes seguidores de Pablo, Crescente está probado que fue enviado por él a las Galias ³¹; y Lino, del que hace mención en la *II carta a Timoteo* indicando que se halla con él en Roma ³², ya queda anteriormente demostrado ³³ que fue designado para el episcopado de la iglesia de Roma, el primero después de Pedro.

9 Mas también Pablo atestigua que Clemente—instituido asimismo tercer obispo de la Iglesia de Roma—fue su colaborador y compañero de lucha ³⁴.

10 Además de éstos, está también el areopagita aquel, llamado Dionisio, del cual escribió Lucas en los *Hechos* ³⁵ que fue el primero que creyó después del discurso de Pablo a los atenienses en el Areópago, y del que otro antiguo Dionisio, pastor de la iglesia de Corinto, cuenta ³⁶ que fue el primer obispo de Atenas.

11 Mas, a medida que avancemos en el camino, iremos diciendo oportunamente, según las épocas, lo referente a la sucesión de los apóstoles. Ahora sigamos el hilo de la narración.

5

[DEL ÚLTIMO ASEDIO DE LOS JUDÍOS DESPUÉS DE CRISTO]

I Después de haber ejercido el poder Nerón durante trece años ³⁷, y habiendo durado los reinados de Galba y de Otón un año y seis meses ³⁸, Vespasiano, que se había distinguido en las operaciones bélicas contra los judíos, fue nombrado emperador en la misma Judea, tras ser proclamado señor absoluto por el ejército

allí acampado ³⁹. Encaminándose, pues, en seguida hacia Roma, puso en manos de su hijo Tito la guerra contra los judíos ⁴⁰.

2 Después de la ascensión de nuestro Salvador, los judíos añadieron al crimen cometido contra él la invención de innumerables asechanzas contra sus apóstoles: Esteban fue el primero que eliminaron, lapidándolo ⁴¹; después de él, Santiago, hijo de Zebedeo y hermano de Juan, al que decapitaron ⁴²; y después de todos, Santiago, el que después de la ascensión de nuestro Salvador fue el primero que se designó para el trono episcopal de Jerusalén y murió de la manera que ya hemos dicho ⁴³. Y los demás apóstoles sufrieron mil asechanzas de muerte y fueron expulsados de la tierra de Judea. Sin embargo, con el poder de Cristo ⁴⁴, que les había dicho: *Id y haced discípulos de todas las naciones en mi nombre* ⁴⁵, dirigieron sus pasos hacia todas las naciones para enseñar el mensaje.

3 Y no sólo ellos. También el pueblo de la iglesia de Jerusalén, por seguir un oráculo remitido por revelación a los notables del lugar, recibieron la orden de cambiar de ciudad antes de la guerra y habitar cierta ciudad de Perea que recibe el nombre de Pella ⁴⁶. Emigrados a ella desde Jerusalén los que creían en Cristo, desde ese momento, como si los hombres santos hubieran abandonado por

completo la misma metrópoli real de los judíos y toda la región de Judea, la justicia divina alcanzó a los judíos por las iniquidades que cometieron contra Cristo y sus apóstoles, y borró de entre los hombres aquella misma generación de impíos.

4 Quien quiera, pues, saber con exactitud los males que entonces afluyeron sobre toda la nación en todo lugar, y cómo en especial los habitantes de Judea se vieron empujados hasta el fondo de las calamidades, cuántos millares de jóvenes, de mujeres y de niños perecieron por la espada, por el hambre o por otros innumerables géneros de muerte, y cuántas y cuáles ciudades de Judea fueron sitiadas, y también cuántos horrores y más que horrores contemplaron los que se refugiaron en la misma Jerusalén, por ser metrópoli muy fortificada, así como la índole de toda la guerra, los acontecimientos que en ella se sucedieron y cómo, finalmente, la abominación de la desolación anunciada por los profetas⁴⁷ se instaló en el mismo templo de Dios, tan célebre antiguamente, que sufrió toda suerte de destrucción y, por último, fue aniquilado por el fuego: todo esto lo hallará en la narración escrita por Josefo⁴⁸.

5 Pero es necesario señalar que este mismo autor refiere que el número de los que de toda Judea se concentraron los días de la fiesta de la Pascua en Jerusalén, como en una cárcel, por decirlo con sus palabras, era de unos tres millones.

6 Se imponía, pues, el que en los días en que habían dispuesto la pasión del Salvador y bienhechor de todos y Cristo de Dios, en

esos mismos, encerrados como en una cárcel, recibieran la ruina que los alcanzaba de parte de la justicia de Dios.

7 Mas pasando por alto lo que les fue sobreviniendo y los intentos que hubo contra ellos con la espada y de otras maneras, creo necesario aducir solamente las calamidades causadas por el hambre, para que quienes lean este escrito puedan saber en parte cómo no tardó mucho en alcanzarles el castigo divino por su crimen contra el Cristo de Dios.

6

[DEL HAMBRE QUE OPRIMIÓ A LOS JUDÍOS]

1 Así, pues, si tomas otra vez en tus manos el libro V de las *Historias* de Josefo, lee la tragedia de lo acontecido entonces:

«Para los ricos—dice—quedarse era igual que perderse, pues, so pretexto de que desertaban, a cualquiera lo asesinaban por sus bienes. Con el hambre crecía la desesperación de los rebeldes y de día en día la una y la otra se encendían terriblemente.

2 »El trigo estaba invisible, pero ellos irrumpían en las casas y las registraban. Entonces, si lo encontraban, los maltrataban por haber negado; si no lo encontraban, los torturaban por haberlo escondido tan cuidadosamente. La prueba de tener o de no tener eran los cuerpos de los desgraciados: los que todavía se tenían de pie parecía que abundaban en alimentos; a los que estaban ya consumidos, los dejaban en paz: les parecía fuera de razón matar a los que en seguida morirían de inanición.

3 »Muchos daban ocultamente sus bienes a cambio de una medida de trigo si eran ricos; de cebada los más pobres. Luego se cerraban en lo más oculto de sus casas y, aguijoneados por la necesidad, los unos se comían el trigo en crudo; los otros lo cocían a medida que la necesidad y el miedo se lo dictaban.

4 »No se ponía la mesa, antes bien, sacaban del fuego la comida todavía cruda y la devoraban. El alimento era misérrimo y el espectáculo deplorable: los más poderosos acaparando y los débiles lamentándose.

5 »El hambre excede a todos los sufrimientos, pero de nada es tan destructor como del sentido de la dignidad, pues lo que en otro tiempo se tendría por digno de respeto se lo desprecia en tiempo de hambre. Así, las mujeres arrebataban los alimentos de las mismas bocas de sus maridos, los hijos de las de sus padres y, lo que es lamentable por demás, las madres de las bocas de sus hijitos, y mientras los seres más queridos se consumían entre sus manos, nada les frenaba de arrebatarse las últimas gotas que les hacían vivir.

6 »Pero aun siendo tal su comida, no quedaba oculta. Por todas partes se echaban encima los rebeldes en busca de esta presa. Cuando veían una casa cerrada, era señal de que los de dentro habían conseguido comida, y al punto rompían las puertas y se precipitaban dentro, y sólo les faltaba ya apretar las gargantas y arrancarles el bocado.

7 »Golpeaban a los ancianos que no soltaban sus alimentos y arrancaban el cabello a las mujeres que escondían lo que tenían entre manos. No había compasión ni por los viejos ni por los niños, sino que levantaban a los niños que se aferraban a su bocado y los

dejaban caer contra el suelo. Con los que, adelantándose a su irrupción, se tragaban antes lo que ellos habían de arrebatárles eran aún más crueles, como si hubieran recibido una injusticia.

8 »Discurrían espantosos métodos de tortura para descubrir comida: obstruían a los desgraciados la uretra con granos de legumbre y les traspasaban el recto con varas puntiagudas. Se padecían tormentos que espantan con sólo oírlos, hasta confesar la posesión de un solo pan y descubrir un solo puñado de harina escondida.

9 »Mas los torturadores no pasaban hambre alguna—que su crueldad sería mucho menor de mediar necesidad—, sino que ejercitaban su loco orgullo y se iban haciendo con provisiones para los días por venir.

10 »Salían al paso de los que de noche se arrastraban hasta las avanzadas romanas para recoger legumbres agrestes y hierbas. Cuando ya éstos pensaban haber escapado de los enemigos, aquéllos les arrebataban lo que llevaban, y muchas veces que los infelices suplicaban invocando por el terrible nombre de Dios que les dejaran una parte de lo que con tanto peligro habían traído, no les dejaban ni tanto así, y aún podían estar contentos si, además de quedar despojados, no eran asesinados»⁴⁹.

11 A esto, después de otras cosas, añade:

«Con las salidas se les cortó a los judíos también toda esperanza de salvación, y el hambre, abatiéndose de casa en casa y de familia en familia, iba devorando al pueblo. Los terrados se llenaban de mujeres y de niños de pecho fallecidos, y las callejuelas, de cadáveres de ancianos.

12 »Muchachos y jóvenes, hinchados, vagaban por las plazas como espectros y caían muertos allí donde los cogía un dolor. Los enfermos no tenían fuerzas para enterrar a sus parientes, y los que hubieran podido, se negaban, por ser tantos los muertos y por la incertidumbre de su propio destino. En efecto, muchos caían muertos junto a los recién enterrados por ellos, y muchos iban a sus tumbas antes que la necesidad se lo impusiera.

13 »No había lamentos ni lloros en estas calamidades: el hambre ahogaba los sentimientos, y los que iban lentamente muriendo contemplaban con ojos secos a los que morían antes que ellos. Un silencio profundo y una noche preñada de muerte envolvía a la ciudad. Y peor que todo esto eran los ladrones.

14 »Penetraban en las casas como ladrones de tumbas, despojaban a los cadáveres y, después de arrancar los velos que cubrían los cuerpos, se marchaban entre risas. Y probaban el filo de sus espadas en los cadáveres y, probando el hierro, atravesaron a algunos que, aunque caídos, aún vivían. Pero si alguno les pedía que utilizaran en él su fuerza y su espada, lo desdeñaban y lo abandonaban al hambre. Y todo el que expiraba miraba fijamente hacia el templo, porque dejaba vivos tras sí a los rebeldes.

15 »Estos, al comienzo, por no soportar el hedor, mandaban que se enterrara a los muertos a expensas del tesoro público, pero luego, cuando ya no se daba abasto, los arrojaban por las murallas a los barrancos. Cuando Tito hizo la ronda por aquellos barrancos y vio que estaban repletos de cadáveres y el espeso líquido oscuro que manaba por debajo de los cadáveres en putrefacción, se puso

a gemir y levantando las manos tomaba a Dios por testigo de que aquello no era obra suya»⁵⁰.

16 Después de añadir algunas cosas continúa diciendo:

«Yo no podría desistir de expresar lo que el sentimiento me ordena: creo que, si los romanos hubieran demorado su acción contra los culpables, el abismo se hubiera tragado a la ciudad, o las aguas la hubieran sumergido, o la hubieran alcanzado los rayos de Sodoma, pues la generación que encerraba era mucho más impía que las que sufrieron esos castigos. Y por la demencia criminal de estas gentes, el pueblo entero pereció con ellos»⁵¹.

17 Y en el libro VI escribe lo siguiente:

«De los que perecieron en la ciudad por el hambre, el número fue infinito, y los padecimientos, indecibles. En cada casa había guerra como apareciese en un rincón una sombra de comida, y los que más se querían entre sí venían a las manos por arrebatarse el miserable sostén de la vida. Ni siquiera en los moribundos confiaba la necesidad.

18 »Los ladrones registraban incluso a los que estaban expirando, no fuera que alguno escondiese alimentos bajo el vestido y fingiese estar muerto. Otros, con la boca abierta por efecto de la desnutrición, andaban tambaleándose y desencajados como perros rabiosos y empujaban las puertas como hacen los borrachos y, en su impotencia, entraban en las mismas casas dos y tres veces en una sola hora.

19 »La necesidad les hacía llevarse todo a la boca y, cuando recogían alimentos incluso indignos de los animales irracionales más

repugnantes, se los llevaban a escondidas para comérselos, y así terminaron por no abstenerse ni siquiera de los cinturones y del calzado, y quitaban las pieles de sus escudos y las masticaban. Para algunos eran alimento incluso las briznas de la hierba vieja, y otros recogían fibras de plantas y vendían una mínima porción por cuatro dracmas áticos ⁵².

20 »¿Y qué habría que decir de la impudencia de las gentes presa del desánimo? Porque voy a mostrar una obra suya cual no se encuentra narrada ni entre los griegos ni entre los bárbaros, espantosa para decirla, increíble para escucharla. Yo al menos, para no dar la impresión de que estoy inventando para la posteridad, de buena gana omitiría esta calamidad si no tuviera infinidad de testigos contemporáneos míos. Y además prestaría a mi patria un favor bien menguado si renunciara a relatar los males que de hecho ha padecido.

21 »Una mujer de las que habitaban a la otra orilla del Jordán, llamada María, hija de Eleazar, de la aldea de Batezor—nombre que significa 'casa de hisopo'—notable por sus riquezas y su linaje, huyó a Jerusalén con el resto de la muchedumbre y con ella compartía el asedio.

22 »Los tiranos le arrebataron todos los otros bienes que había reunido y llevado consigo a la ciudad desde Perea. Lo demás de su ajuar y el poco alimento que apercibieron se lo fueron arrebatando las gentes armadas que cada día entraban. Fue tremenda la indignación de aquella pobre mujer, que muchas veces injuriaba y maldecía a los ladrones para excitarlos contra sí misma.

23 »Pero como nadie la mataba, movidos por la ira o por la compasión, y cansada de buscar alimentos para otros, que ya era imposible encontrar en parte alguna, con las entrañas y la medula traspasadas por el hambre y encendido su ánimo más por la rabia que por el hambre, tomó como consejeros a la cólera y a la necesidad y se lanzó contra la naturaleza. Agarró el hijo que tenía—niño de pecho todavía—y dijo:

24 »¡Criatura desgraciada! En medio de la guerra, del hambre y de la revuelta, ¿para quién voy a guardarte? Entre los romanos, si por acaso caemos vivos en sus manos, la esclavitud; pero el hambre se anticipa a la misma esclavitud y los rebeldes son aún peores que ambas cosas. ¡Ea! sé alimento para mí, maldición para los rebeldes y fábula para el mundo: lo único que faltaba a las calamidades de los judíos!

25 »Y al tiempo que iba diciendo estas cosas, dio muerte a su hijo. Después lo asó y se comió la mitad; el resto lo guardó escondido. En seguida se presentaron los rebeldes y, husmeando la tufarada impía, amenazaron a la mujer con degollarla inmediatamente si no les mostraba lo que tenía preparado. Ella entonces les dijo que para ellos guardaba una hermosa porción y descubrió lo que quedaba de su hijo.

26 »El horror y el pasmo los sobrecogió al punto y quedaron clavados en el sitio ante aquel espectáculo. Pero ella dijo: Es mi propio hijo y yo lo hice. Comed, que también yo he comido. No seáis más blandos que una mujer ni más compasivos que una madre. Pero si vosotros por escrúpulos piadosos rehusáis mi sacrificio, yo he comido ya por vosotros, quede el resto también para mí.

27 »Después de esto, aquéllos se marcharon temblando: era la única vez que se acobardaban y que, mal de su grado, cedían a la madre semejante comida. En seguida la ciudad entera se llenó de horror, y todo el mundo se estremecía al representarse ante los ojos el crimen como si fuera propio.

28 »Y entre los hambrientos había prisa por morir y cierta envidia de los que se habían adelantado muriendo antes de escuchar y contemplar semejantes horrores»⁵³.

Tal fue la recompensa de los judíos por su iniquidad e impiedad para con el Cristo de Dios.

7

[DE LAS PROFECÍAS DE CRISTO]

1 Justo es añadir la predicación infalible de nuestro Salvador por la cual mostraba estas mismas cosas cuando profetizaba así: *Mas ¡ay de las que estén encinta o criando en aquellos días! Orad para que vuestra huida no tenga lugar en invierno ni en sábado. Porque habrá entonces una gran tribulación como no la hubo desde el comienzo del mundo hasta ahora ni la habrá*⁵⁴.

2 Reuniendo el número total de muertos, el escritor dice⁵⁵ que por el hambre y por la espada habían perecido un millón cien mil personas; que los rebeldes y bandidos que aún quedaban se fueron denunciando unos a otros después de la toma de la ciudad

y fueron ejecutados; que los jóvenes más esbeltos y que sobresalían por su belleza corporal los reservaban para la ceremonia del «triumfo», y que del resto de la población, los que pasaban de diecisiete años, unos eran enviados encadenados a los trabajos forzados de Egipto, y otros, más numerosos, fueron distribuidos por las provincias para hacerlos perecer en los teatros por la espada o por las fieras; y a los que aún no llegaban a los diecisiete años se los condujo cautivos para venderlos. Solamente de éstos el número daba un total de unos noventa mil ⁵⁶.

3 Estos acontecimientos sucedieron de este modo en el segundo año del imperio de Vespasiano ⁵⁷, según las predicciones de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, quien, por su divino poder, había visto de antemano estas mismas cosas como si ya estuvieran presentes y había llorado y sollozado, según la Escritura de los sagrados evangelistas, que incluso añaden sus mismas palabras: unas, las que dijo dirigiéndose a la misma Jerusalén:

4 *¡Si también tú conocieras, al menos en este día, lo que atañe a tu paz! Mas ahora está oculto a tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, y tus enemigos te rodearán de empalizadas, te cercarán y de todas partes te estrecharán. Y te asolarán a ti y a tus hijos* ⁵⁸.

5 Y otras como refiriéndose al pueblo: *Porque habrá gran necesidad sobre la tierra y cólera contra este pueblo. Y caerán al filo de*

la espada y serán llevados cautivos a todas las naciones. Y Jerusalén será pisoteada por los gentiles, hasta que estén cumplidos los tiempos de las gentes ⁵⁹. Y otra vez: *Y cuando viereis a Jerusalén cercada por ejércitos, sabed entonces que ha llegado su desolación* ⁶⁰.

6 Si uno compara las palabras de nuestro Salvador con los demás relatos del escritor acerca de la guerra entera, ¿cómo no va a quedar admirado y confesar como verdaderamente divinas y sobrenaturalmente portentosas la presciencia y la predicción de nuestro Salvador?

7 Por lo tanto, acerca de lo acontecido a la nación entera después de la pasión del Salvador y de los gritos aquellos con los cuales la plebe judía había pedido librar de la muerte al ladrón y asesino y había suplicado que se les quitara del medio al autor de la vida ⁶¹, no habrá necesidad de añadir nada a la narración.

8 Con todo, sería justo añadir lo que podría ser significativo del amor a los hombres de la bondadosísima providencia, la cual difirió la destrucción de los culpables durante cuarenta años completos después de su crimen contra Cristo. Durante esos años, numerosos apóstoles y discípulos, y el mismo Santiago, primer obispo de allí y llamado hermano del Señor, que estaban todavía con vida y moraban en la misma ciudad de Jerusalén, se mantenían fieles al lugar como fortísima muralla ⁶².

9 La providencia divina hasta aquel entonces mostraba su larga paciencia, por si acaso pudieran arrepentirse de lo hecho y

alcanzaran así el perdón y salvación; y por si fuera poco longanimidad tan grande, iba dejando ver señales divinas extraordinarias de lo que había de sucederles si no se arrepentían. También estas señales el citado autor las ha considerado dignas de mención. Nada mejor que ofrecérselas a los que lean esta obra.

8

[DE LAS SEÑALES QUE PRECEDIERON A LA GUERRA]

I Toma, pues, y lee cuanto aquél presenta en el libro VI de sus *Historias* con estas palabras:

«Por aquel entonces, los impostores y los que tales calumnias levantaban contra Dios pervertían al pueblo miserable, de modo que ni atendían ni daban crédito a los portentos⁶³ bien claros que anunciaban de antemano la inminente desolación; antes bien, como aturdidos por el rayo y como si no tuvieran ojos ni alma, hacían oídos sordos a los mensajes de Dios.

2 »Tales fueron un astro que se detuvo sobre la ciudad, semejante a una espada de doble filo, y un cometa que duró todo un año. Otra vez fue cuando, antes de la insurrección y de los disturbios que llevaron a la guerra, estando el pueblo reunido para celebrar la fiesta de los ácidos, el octavo día del mes de Jantico⁶⁴, a la hora nona de la noche, brilló sobre el altar y el templo una luz tan grande que se podía uno creer en pleno día, y esto duró una media

hora ⁶⁵. A los ignorantes les pareció que era buena señal, pero los escribas lo interpretaron rectamente antes que los hechos sucedieran.

3 »Y en la misma fiesta, una vaca que el sumo sacerdote conducía al sacrificio parió un cordero en medio del templo.

4 »Y la puerta oriental del interior, que era de bronce y muy maciza y había sido cerrada al anochecer con dificultad por veinte hombres que la habían atrancado sólidamente con cerrojos sujetos con hierro, además de tener profundos los goznes, se la vio abrirse por sí sola a la hora sexta de la noche.

5 »Y pasada la fiesta, no muchos días después, el veintiuno del mes de Artemisio, se vio aparecer un fantasma demoníaco de tamaño increíble. Y lo que se va a decir podría parecer una patraña si no lo hubieran contado los mismos que lo vieron y si los sufrimientos que se siguieron no hubieran sido dignos de esas señales. En efecto, antes de la puesta del sol, aparecieron por el aire en torno a toda la región carros y falanges armadas que se lanzaban a través de las nubes y rodeaban las ciudades.

6 »Y en la fiesta llamada de Pentecostés, por la noche, entrando los sacerdotes en el templo, como de costumbre, para ejercer sus funciones, dicen que primeramente percibieron movimiento y ruido de golpes, y luego un grito compacto: ¡Vayámonos de aquí!

7 »Y lo que es más terrible: un hombre llamado Jesús, hijo de Ananías, simple particular, campesino, cuatro años antes de la guerra, cuando la ciudad disfrutaba de la mayor paz y del máximo esplendor, vino a la fiesta, pues era costumbre que todos erigieran tiendas en honor de Dios ⁶⁶, y de repente comenzó a gritar por el

templo: ¡Voz de oriente! ¡Voz de occidente! ¡Voz de los cuatro vientos! ¡Voz sobre Jerusalén y sobre el templo! ¡Voz sobre recién desposados y desposadas! ¡Voz sobre todo el pueblo! Día y noche iba gritando esto por todas las callejas.

8 »Pero algunos ciudadanos notables, irritados por el mal agüero, prendieron al hombre y lo maltrataron y llenaron de heridas. Pero él, que no hablaba en provecho suyo ni por cuenta propia, continuaba gritando a los presentes lo mismo que antes.

9 »Pensando entonces los jefes—como así era—que la agitación de aquel hombre era algo demoníaco, lo condujeron ante el procurador romano⁶⁷. Allí, dilacerado con látigos hasta los huesos, ni suplicó ni derramó una lágrima, antes bien, cambiando en planífera su voz cuanto le era posible, a cada herida respondía: ¡Ay, ay de Jerusalén!»⁶⁸.

10 Refiere el mismo Josefo otro hecho todavía más extraordinario. Dice que en las escrituras sagradas se encontró un oráculo con este contenido: que en aquel tiempo alguien salido de su país regiría el mundo. El mismo Josefo ha concluido que el oráculo había tenido cumplimiento en Vespasiano⁶⁹.

11 Pero éste no gobernó a todo el mundo, sino sólo a la parte sometida a los romanos. Sería, pues, más justo referirlo a Cristo, a quien el Padre había dicho: *Pídeme y te daré naciones por herencia*

y los confines de la tierra por posesión tuya⁷⁰. Ahora bien, por ese mismo tiempo a toda la tierra llegó la voz de los santos apóstoles y a los confines del mundo sus palabras⁷¹.

9

[DE JOSEFO Y LOS ESCRITOS QUE DEJÓ]

1 Después de todas estas cosas, bien está no ignorar del mismo Josefo—que tanto material ha aportado a la obra que tienes entre manos—de qué país y de qué familia procedía. También será él mismo quien nos declare esto. Dice así:

«Josefo, hijo de Matías, sacerdote originario de Jerusalén, que primero hizo personalmente la guerra contra los romanos y luego quedó a merced de los acontecimientos posteriores por necesidad»⁷².

2 De todos los judíos de su época fue el más famoso, y no solamente entre sus congéneres, sino incluso entre los romanos, hasta el punto de ser él honrado con la erección de una estatua⁷³ en Roma y sus libros considerados dignos de una biblioteca.

3 Josefo expuso toda la *Antigüedad judía* en veinte libros completos, y la *Historia de la guerra romana* de su tiempo, en siete. El mismo atestigua que no lo entregó solamente en lengua griega, sino

también en su lengua materna ⁷⁴. Al menos por todo lo demás es digno de crédito.

4 Hay también de él otros dos libros dignos de estudio, titulados *Sobre la antigüedad de los judíos*. En ellos refuta al gramático Apión, que por entonces había compuesto un tratado contra los judíos. También refuta a otros que habían intentado igualmente calumniar a las instituciones patrias del pueblo judío ⁷⁵.

5 En el primero de estos dos libros establece el número de escritos del llamado *Antiguo Testamento*, enseñando cuáles son los no discutidos entre los hebreos, como provenientes de una antigua tradición. Dice textualmente:

10

[DE QUÉ MANERA CITA JOSEFO LOS LIBROS DIVINOS]

1 «No hay, pues, entre nosotros miles de libros en desacuerdo y en mutua contradicción, sino que hay solamente veintidós libros ⁷⁶ que contienen la relación de todo el tiempo y que en buena justicia se los cree divinos.

2 »De ellos, cinco son de Moisés, y comprenden las leyes y la tradición de la creación del hombre hasta la muerte de Moisés. Este período abarca casi tres mil años.

3 »Desde la muerte de Moisés hasta la de Artajerjes, rey de los

persas después de Jerjes, los profetas ⁷⁷ posteriores a Moisés escribieron los sucesos de sus épocas en trece libros. Los otros cuatro contienen himnos en honor de Dios y reglas de vida para los hombres.

4 »Desde Artajerjes hasta nuestros días, todo se ha escrito, pero no todo merece la misma confianza que lo anterior, por no darse *sucesión exacta* ⁷⁸ de los profetas.

5 »Pero los hechos ponen de manifiesto cómo nos acercamos nosotros a nuestras propias escrituras. Y es que, habiendo transcurrido ya tanto tiempo, nadie se ha atrevido a añadir ni quitar ni cambiar de ellas nada, antes bien, a todos los judíos es connatural, ya desde su nacimiento, el creer que esos escritos son decretos de Dios, y el aferrarse a ellos y morir gustosos por ellos en caso necesario» ⁷⁹.

6 Estas palabras del autor aquí presentadas no dejarán de ser útiles. Hay también escrita por él otra obra, no carente de nobleza, *Sobre la supremacía de la razón*, que algunos titularon *Macabeos*, porque contiene las luchas de los hebreos valientemente sostenidas en defensa de la piedad para con Dios y referidas en los escritos así llamados *De los Macabeos* ⁸⁰.

7 Y hacia el final del libro XX de sus *Antigüedades* ⁸¹, el mismo autor añade la declaración de que tiene el propósito de escribir en cuatro libros, siguiendo las creencias patrias de los judíos, acerca

de Dios y de su esencia, y sobre las leyes: porque, según ellas, unas cosas se pueden hacer y otras están prohibidas. El mismo autor, en sus propios tratados, menciona otras obras producidas por él ⁸².

8 Además de esto, bueno será mencionar también las palabras que van al final de sus *Antigüedades*, para confirmación de los testimonios que de él he tomado. Cuando acusa a Justo de Tiberíades ⁸³—que había intentado igual que él hacer la historia de los sucesos de aquel tiempo—de no haber escrito la verdad, después de aducir otras muchas enmiendas, añade textualmente lo que sigue:

9 «En verdad yo no tengo los mismos temores que tú por lo que se refiere a mis escritos, pues mis libros los entregué a los mismos emperadores estando los hechos todavía casi ante los ojos, porque tenía conciencia de haber conservado la tradición de la verdad, y no me equivoqué al esperar obtener su testimonio.

10 »También envié mi narración a muchos otros, algunos de los cuales se daba el caso de que habían estado en la guerra, como el rey Agripa y algunos parientes suyos ⁸⁴.

11 »Y es que el emperador Tito quiso que se informara al público de los hechos solamente por medio de estos libros, tanto es así que la orden de publicarlos la firmó de su puño y letra. Y el rey Agripa escribió sesenta y dos cartas atestiguando que los libros transmiten la verdad» ⁸⁵.

De esas cartas Josefo cita incluso dos. Pero baste ya con esto sobre él, y sigamos.

[DE CÓMO DESPUÉS DE SANTIAGO DIRIGE LA IGLESIA DE JERUSALÉN
SIMEÓN]

Después del martirio de Santiago y de la toma de Jerusalén, que le siguió inmediatamente, es tradición ⁸⁶ que los apóstoles y discípulos del Señor que todavía vivían se reunieron de todas partes en un mismo lugar, junto con los que eran de la familia del Señor según la carne (pues muchos de ellos aún vivían), y todos ⁸⁷ celebraron un consejo sobre quién debía ser juzgado digno de suceder a Santiago, y todos, por unanimidad, decidieron que Simeón, el hijo de Clopás—mencionado también por el texto del Evangelio ⁸⁸—, era digno del trono de aquella iglesia, por ser primo del Salvador, al menos según se dice, pues Hegesipo ⁸⁹ refiere que Clopás era hermano de José.

12

[DE CÓMO VESPASIANO ORDENA QUE SE BUSQUE A LOS DESCENDIENTES DE DAVID]

Y después de esto Vespasiano, tras la toma de Jerusalén, dio la orden de buscar a todos los descendientes de David, para que entre los judíos no quedara nadie de la estirpe real. Por esta causa se endosó a los judíos otra gran persecución ⁹⁰.

13

[DE CÓMO EL SEGUNDO OBISPO DE ROMA ES ANACLETO] ⁹¹

Después de imperar Vespasiano diez años, le sucede como emperador su hijo Tito ⁹². El segundo año del reinado de éste, Lino, obispo de la iglesia de Roma, después de ejercer el cargo durante doce años, se lo transmite a Anacleto ⁹³. A Tito, que imperó dos años y otros tantos meses, le sucedió su hermano Domiciano ⁹⁴.

14

[DE CÓMO EL SEGUNDO EN DIRIGIR A LOS ALEJANDRINOS ES ABILIO]

El año cuarto de Domiciano muere Aniano, primer obispo de la iglesia de Alejandría, después de haber completado los veintidós años, y le sucede Abilio como segundo obispo ⁹⁵.

15

[DE CÓMO EL TERCER OBISPO DE ROMA, DESPUÉS DE ANACLETO, ES CLEMENTE]

El año duodécimo del mismo reinado, Clemente sucede a Anacleto, que había sido obispo de la iglesia de Roma doce años ⁹⁶. El apóstol, en su carta a los Filipenses, hace saber a éstos que Clemente era colaborador suyo, diciendo: *Con Clemente también y los demás colaboradores míos, cuyos nombres están en el libro de la vida* ⁹⁷.

16

[DE LA CARTA DE CLEMENTE]

De éste se posee una *Carta* universalmente admitida, larga y admirable, que escribió en nombre de la iglesia de Roma a la de los Corintios con motivo de una sedición que hubo entonces en Corinto ⁹⁸. Sabemos que esta carta se ha leído públicamente en la asamblea en la mayor parte de las iglesias, no sólo antiguamente ⁹⁹, sino también en nuestros días. Y de que en el tiempo indicado ¹⁰⁰ tuvo lugar la sedición de Corinto, Hegesipo es testigo suficiente ¹⁰¹.

17

[DE LA PERSECUCIÓN DE DOMICIANO]

Domiciano dio pruebas de una gran crueldad para con muchos, dando muerte sin un juicio razonable a no pequeño número de patricios y de hombres ilustres, y castigando con el destierro fuera de

las fronteras y confiscación de bienes a otros innumerables personajes sin causa alguna ¹⁰². Terminó por constituirse a sí mismo sucesor de Nerón en la animosidad y guerra contra Dios ¹⁰³. Efectivamente, él fue el segundo en promover la persecución contra nosotros a pesar de que su padre Vespasiano nada malo había planeado contra nosotros.

18

[DEL APÓSTOL JUAN Y EL «APOCALIPSIS»]

1 Es tradición ¹⁰⁴ que, en este tiempo, el apóstol y evangelista Juan, que aún vivía, por haber dado testimonio del Verbo de Dios, fue condenado a habitar en la isla de Patmos.

2 Por lo menos Ireneo, cuando escribe acerca del número del nombre aplicado al anticristo en el llamado *Apocalipsis de Juan* ¹⁰⁵, dice en el libro V *Contra las herejias*, textualmente, de Juan, lo que sigue:

3 «Mas si hubiera sido necesario en la ocasión presente proclamar abiertamente su nombre ¹⁰⁶, se hubiera hecho por medio de aquel que también había visto el *Apocalipsis*, ya que no hace mucho tiempo que fue visto, sino casi en nuestra generación, hacia el final del imperio de Domiciano» ¹⁰⁷.

4 Mas es de saber que de tal manera brilló por aquellos días la enseñanza de nuestra fe, que hasta los escritores alejados de nuestra doctrina no vacilaron en transmitir en sus narraciones la persecución y los martirios que en ésta se dieron. Incluso indicaron con toda exactitud la fecha al referir que en el año decimoquinto de Domiciano, Flavia Domitila, hija de una hermana de Flavio Clemente, uno de los cónsules de aquel año en Roma, junto con otros muchos, fue castigada con el destierro a la isla de Pontia, por causa de su testimonio sobre Cristo ¹⁰⁸.

19

[DE CÓMO DOMICIANO ORDENA DAR MUERTE A LOS DESCENDIENTES DE DAVID]

El mismo Domiciano dio orden de ejecutar a los miembros de la familia de David, y una antigua *tradición* ¹⁰⁹ dice que algunos herejes acusaron a los descendientes de Judas—que era hermano del Salvador según la carne—, con el pretexto de que eran de la familia de David y parientes de Cristo mismo ¹¹⁰. Esto es lo que declara Hegesipo cuando dice textualmente:

20

[DE LOS PARIENTES DE NUESTRO SALVADOR]

1 «De la familia del Señor vivían todavía los nietos ¹¹¹ de Judas, llamado hermano suyo según la carne ¹¹², a los cuales delataron ¹¹³ por ser de la familia de David. El *evocato* ¹¹⁴ los condujo a presencia del César Domiciano, porque éste, al igual que Herodes, temía la venida de Cristo.

2 *Y les preguntó si descendían de David; ellos lo admitieron. Entonces les preguntó cuántas propiedades tenían o de cuánto dinero disponían, y ellos dijeron que entre los dos no poseían más

que nueve mil denarios, la mitad de cada uno, y aun esto repetían que no lo poseían en metálico, sino que era la evaluación de sólo treinta y nueve *pletros* de tierra, cuyos impuestos pagaban y que ellos mismos cultivaban para vivir».

3 Entonces mostraron sus manos y adujeron como testimonio de su trabajo personal la dureza de sus cuerpos y los callos que se habían formado en sus propias manos por el continuo bregar.

4 Preguntados acerca de Cristo y de su reino: qué reino era éste y dónde y cuándo se manifestaría, dieron la explicación de que no era de este mundo ni terrenal, sino celeste y angélico y que se dará al final de los tiempos; entonces vendrá El con toda su gloria y juzgará a vivos y muertos y dará a cada uno según sus obras ¹¹⁵.

5 Ante estas respuestas, Domiciano no los condenó a nada, sino que incluso los despreció como a gente vulgar. Los dejó libres y por decreto hizo que cesara la persecución contra la Iglesia ¹¹⁶.

6 Los que habían sido puestos en libertad estuvieron al frente de las iglesias ¹¹⁷ tanto por haber dado testimonio como por ser de la familia del Señor, y, vuelta la paz, vivieron todavía hasta Trajano ¹¹⁸.

7 Esto dice Hegesipo. Pero no sólo él. También Tertuliano hace una mención semejante de Domiciano:

«También Domiciano intentó algún tiempo hacer lo mismo que aquél, aun no siendo más que una parte de la crueldad de Nerón. Mas, como, según creo, tenía algo de cabeza ¹¹⁹, hizo que cesara rápidamente y llamó de nuevo a los mismos que había desterrado» ¹²⁰.

8 Después de imperar Domiciano quince años y de sucederle Nerva en el gobierno ¹²¹, el senado romano decidió por votación que se anularan los honores de Domiciano y que regresasen a sus casas los que habían sido expulsados injustamente y, a la vez, recuperasen sus bienes. Lo refieren los que han transmitido por escrito los sucesos de aquel tiempo ¹²².

9 Fue entonces, por lo tanto, cuando el apóstol Juan, de vuelta de su destierro en la isla, se retiró a vivir en Efeso, según refiere la tradición de nuestros antiguos ¹²³.

21

[DE CÓMO EL TERCERO EN DIRIGIR LA IGLESIA DE ALEJANDRÍA
ES CERDÓN]

Después de imperar Nerva poco más de un año, le sucedió Trajano ¹²⁴. Corría el primer año de éste cuando Cerdón sucedía

a Abilio, que había regido la iglesia de Alejandría durante trece años ¹²⁵. Cerdón era el tercero de los que allí ejercieron la presidencia después del primero, Aniano. En este tiempo, a los romanos los regía todavía Clemente, que también ocupaba el tercer lugar ¹²⁶ de los que fueron obispos de allí después de Pablo y Pedro. El primero había sido Lino, y después de él, Anacleto.

22

[DE CÓMO EL SEGUNDO EN DIRIGIR LA IGLESIA DE ANTIOQUÍA ES IGNACIO]

Pero de los antioquenos, después de Evodio ¹²⁷, primero que fue instituido, en el tiempo de que hablamos era muy conocido el segundo: Ignacio ¹²⁸. Igualmente en esos mismos años, el ministerio de la iglesia de Jerusalén lo tenía Simeón ¹²⁹, segundo después del hermano de nuestro Salvador.

23

[RELATO SOBRE EL APÓSTOL JUAN]

I Por este tiempo vivía todavía en Asia el mismo a quien amó Jesús ¹³⁰, el apóstol y evangelista Juan, y allí seguía rigiendo las

iglesias después de regresar del destierro de la isla, tras la muerte de Domiciano ¹³¹.

2 Y que Juan permanecía en vida por este tiempo se confirma suficientemente con dos testigos. Estos, representantes de la ortodoxia de la Iglesia, son bien dignos de fe, tratándose de hombres como Ireneo y Clemente de Alejandría.

3 El primero de ellos, Ireneo, escribe textualmente en alguna parte del libro II de su obra *Contra las herejías* como sigue:

«Y todos los presbíteros que en Asia están en relación con Juan, el discípulo del Señor, dan testimonio de que Juan lo ha transmitido, porque aún vivió con ellos hasta los tiempos de Trajano» ¹³².

4 Y en el libro III de la misma obra manifiesta lo mismo con estas palabras:

«Pero también la iglesia de Efeso, por haberla fundado Pablo y porque en ella vivió Juan hasta los tiempos de Trajano, es un testigo veraz de la tradición de los apóstoles» ¹³³.

5 Por su parte, Clemente señala el mismo tiempo, y en su obra que tituló *¿Quién es el rico que se salva?* añadió una narración valiosísima para los que gustan de escuchar cosas bellas y provechosas. Tómalas, pues, y lee lo que allí escribió:

6 «Escucha una historieta, que no es una historieta, sino una tradición existente acerca del apóstol Juan, transmitida y guardada

en la memoria ¹³⁴. Efectivamente, después que murió el tirano ¹³⁵, Juan se trasladó de la isla de Patmos a Efeso. De aquí solía partir, cuando lo llamaban, hacia las vecinas regiones paganas, con el fin de, en unos sitios, establecer obispos; en otros, erigir iglesias enteras, y en otros, ordenar a alguno de los que había designado el Espíritu.

7 »Vino, pues, a una ciudad no muy apartada y cuyo nombre algunos mencionan incluso. Después de consolar a los hermanos en todo lo demás, habiendo visto a un joven de bastante estatura, de aspecto elegante y de alma encendida, fijó su mirada en el rostro del obispo instituido sobre la comunidad y dijo: 'Yo te confío éste con todo interés, en presencia de la iglesia y con Cristo como testigo'. El obispo aceptó al joven, prometiéndolo todo, pero Juan seguía insistiendo en lo mismo y apelando a los mismos testigos.

8 »Luego regresó a Efeso, y el presbítero ¹³⁶ se llevó a casa al joven que se le había confiado y allí lo mantuvo, le rodeó de afecto y, por último, lo bautizó ¹³⁷. Después de esto aflojó un poco en su mucha solicitud y vigilancia, pensando que le había impuesto la salvaguardia perfecta: el sello del Señor.

9 »Pero ciertos mozalbetes de su edad, vagos, disolutos y avezados al mal, lo pervirtieron. Su libertad era prematura. Primeramente se lo atrajeron por medio de suntuosos banquetes; después se lo llevaban consigo, incluso de noche, cuando salían al robo, y al fin le exigían obrar con ellos fechorías mayores.

10 »El joven se fue acostumbrando a ello insensiblemente y, desviándose del recto camino, como caballo de boca dura, brioso y que tasca el freno ¹³⁸, por su vigor natural se fue precipitando con más fuerza en el abismo.

11 »Terminó por desesperar de la salvación divina. Desde entonces no planeaba ya en pequeño, sino que, habiendo perpetrado grandes crímenes, puesto que estaba perdido una vez por todas, consideraba justo correr la misma suerte que los demás. Así fue que, tomando consigo a estos mismos y formando una banda de salteadores, él era su cabecilla decidido, el más violento, el más homicida, el más temible de todos.

12 »Al cabo de un tiempo, surgió cierta necesidad y volvieron a llamar a Juan. Este, después de haber arreglado los asuntos por los que había venido, dijo: 'Bueno, obispo, devuélveme el depósito que yo y Cristo te hemos confiado en presencia de la iglesia que presides y que es testigo'.

13 »El obispo, a las primeras, quedó estupefacto, creyendo ser víctima de calumnia sobre algún dinero que él no había recibido: ni podía creer en lo que no tenía ni podía dejar de creer a Juan. Cuando éste le dijo: 'El joven es lo que pido y el alma del hermano', el anciano prorrumpió en profundos sollozos y, anegado en lágrimas, dijo: 'ése está muerto'. ¿Cómo? ¿Muerto de qué? 'Está muerto para Dios—dijo—, pues se alejó hecho un malvado, un perdido y, para colmo, un salteador, y ahora tiene ocupado el monte que está frente a la iglesia, con una cuadrilla de su misma calaña'.

14 »Rasgó el apóstol su vestido y, golpeándose la cabeza, con gran lamentación exclamó: '¡Buen guardián dejé del alma del her-

mano! Mas venga ya un caballo y alguien que me guíe en el camino'. Y desde allí, tal como estaba, salió de la iglesia y se marchó.

15 »Llegó al lugar. Los centinelas de los bandidos le echaron mano, pero él ni huía ni suplicaba, sino que a gritos decía: 'Por esto he venido ¹³⁹, llevadme a vuestro jefe'.

16 »Este, entretanto, aguardaba armado como estaba, mas, al reconocer a Juan en el que se acercaba, se dio a la fuga, lleno de vergüenza. Juan lo perseguía con todas sus fuerzas, olvidado de su edad ¹⁴⁰ y gritando:

17 »'¿Por qué me rehúyes, hijo, a mí, tu padre, desarmado y viejo? Ten piedad de mí, hijo, no temas. Todavía tienes esperanzas de vida. Yo rendiré cuentas por ti a Cristo ¹⁴¹, y, si fuere necesario, con gusto sufriré por ti la muerte, como el Señor la sufrió por nosotros. Por tu vida yo daré a cambio la mía propia. ¡Detente! ¡Ten fe! ¡Es Cristo quien me envió!'

18 »El joven, al oírlo, primero se detuvo, con la vista baja; luego arrojó las armas y, temblando, prorrumpió en amargo llanto ¹⁴². Cuando el anciano se le acercó, se abrazó a él. Sus lamentos eran ya, en lo posible, un discurso de defensa, y sus lágrimas le servían de segundo bautismo. Sólo ocultaba su mano derecha.

19 »Pero Juan le salió fiador jurando que había alcanzado perdón para él de parte del Salvador, cayó de rodillas, suplicante, y besó su misma mano derecha considerándola ya purificada por el arrepentimiento. Lo condujo a la iglesia, oró con abundantes

súplicas, lo acompañó en su lucha con ayunos prolongados y fue cautivando su espíritu con los variados atractivos de su palabra y, según dicen, ya no partió de allí hasta haberlo asentado en la iglesia, después de que dio gran ejemplo de verdadero arrepentimiento y grandes señales de regeneración, como trofeo de una resurrección visible» 143.

24

[DEL ORDEN DE LOS EVANGELIOS]

1 Que este testimonio de Clemente sirva aquí a la vez de narración y de provecho para los que lleguen a leerlo. Pero indiquemos los escritos incontrovertidos de este apóstol.

2 En primer lugar quede reconocido como auténtico su *Evangelio*, que se lee por entero en todas las iglesias de bajo el cielo. Sin embargo, el hecho de que los antiguos con buena razón lo catalogaran en el cuarto lugar, detrás de los otros tres, acaso pudiera explicarse de la manera que sigue.

3 Aquellos hombres inspirados y en verdad dignos de Dios —los apóstoles de Cristo, digo—, purificadas hasta el colmo sus vidas y adornadas sus almas con toda virtud, hablaban, no obstante, la lengua de los simples 144. Al menos, aunque la fuerza divina 145 y obradora de milagros que el Salvador les había dado los hacía audaces, ni sabían ni intentaban siquiera ser embajadores de la doctrina del Salvador con la persuasión y con el arte de los discursos,

sino que, usando solamente de la demostración del Espíritu divino que obraba con ellos y del sólo poder de Cristo ¹⁴⁶ que se ejercía a través de ellos, anunciaron el conocimiento del reino de los cielos por toda la tierra habitada, sin preocuparse gran cosa de ponerlo por escrito.

4 Y obraban así en cuanto servidores de un ministerio mayor y que está por encima del hombre. Y así, Pablo, el más capaz de todos en la preparación de discursos y el de más vigoroso pensamiento, no dejó por escrito más que sus brevísimas cartas, y eso que podía decir cosas infinitas e inefables por haber alcanzado la contemplación de hasta el tercer cielo, ya que había sido arrebatado hasta el paraíso mismo y se había hecho digno de escuchar las palabras inefables de allá ¹⁴⁷.

5 Tampoco faltaba experiencia de estas mismas cosas a los demás acompañantes de nuestro Salvador, los doce apóstoles de una parte y los setenta discípulos de otra, así como otros innumerables, además de éstos. Y, sin embargo, de todos ellos solamente Mateo y Juan nos han dejado memorias de las conversaciones ¹⁴⁸ del Señor, y aun es tradición ¹⁴⁹ que se pusieron a escribir forzados a ello.

6 Efectivamente, Mateo, que primero había predicado a los hebreos, cuando estaba a punto de marchar hacia otros, entregó por

escrito su *Evangelio*, en su lengua materna, supliendo así por medio de la escritura lo que faltaba a su presencia entre aquellos de quienes se alejaba.

7 Marcos y Lucas habían ya publicado sus respectivos evangelios ¹⁵⁰, mientras Juan se dice que en todo ese tiempo seguía usando de la predicación no escrita, pero que al fin llegó también a escribir, por el motivo siguiente. Los tres evangelios escritos anteriormente habían sido ya distribuidos a todos, incluso al mismo Juan, y se dice que éste los aceptó y dio testimonio de su verdad, pero también que les faltaba únicamente la narración de lo que Cristo había obrado en los primeros tiempos y al comienzo de su predicación ¹⁵¹.

8 La razón es verdadera. Es posible ver, efectivamente, que los tres evangelistas han puesto por escrito solamente los hechos que siguieron al encarcelamiento de Juan Bautista, durante sólo un año, y que son ellos los que advierten de esto mismo al comienzo de los relatos.

9 Por ejemplo, después del ayuno de cuarenta días y de la tentación que siguió, Mateo declara la fecha de su propio escrito cuando dice: *Y oyendo que Juan había sido entregado, se retiró de Judea a Galilea* ¹⁵².

10 Y lo mismo Marcos, que dice: *Después de ser entregado Juan, Jesús vino a Galilea* ¹⁵³. Y Lucas, antes de dar comienzo a los

hechos de Jesús, hace parecida observación, diciendo que Herodes añadió, a los males que había cometido, este otro: *encerró a Juan en la cárcel* ¹⁵⁴.

11 En consecuencia se dice que por esto se le animó al apóstol Juan a transmitir en su *Evangelio* el período silenciado por los primeros evangelistas y las obras realizadas en este tiempo por el Salvador, es decir, las anteriores al encarcelamiento del Bautista, y que esto mismo se indica, bien cuando dice: *Este comienzo tuvieron los milagros de Jesús* ¹⁵⁵, bien cuando menciona al Bautista entre medio de los hechos de Jesús diciendo que todavía seguía bautizando en Ainón, cerca de Salim. Lo expresa claramente al decir: *Porque Juan no había sido encarcelado todavía* ¹⁵⁶.

12 Juan, por lo tanto, transmite en su *Evangelio* escrito lo que Cristo obró antes de que el Bautista fuera encarcelado, mientras que los otros tres evangelistas recogen los hechos posteriores al encarcelamiento del Bautista.

13 A quien ponga atención a todo esto no tiene ya por qué parecerle que los evangelios difieren entre sí, puesto que el de Juan contiene las obras primerizas de Cristo, y los otros la historia del final del período. Y, en consecuencia, es también probable que Juan pasara por alto la genealogía carnal de nuestro Salvador por haberla escrito ya anteriormente Mateo y Lucas, y comenzase hablando de su divinidad, cual si el Espíritu divino se lo hubiera reservado a él como más capaz.

14 Bástenos, pues, lo dicho sobre la escritura del *Evangelio de Juan*. La causa de haberse escrito el *Evangelio de Marcos* queda explicada ya arriba ¹⁵⁷.

15 Por lo que hace a Lucas, también él, al comenzar su escrito ¹⁵⁸, expone de antemano el motivo por el cual lo ha compuesto. Debido a que muchos otros se ocuparon con demasiada precipitación a hacerse una narración de los hechos de que él mismo estaba bien enterado, él se sintió obligado a apartarnos de las dudosas suposiciones de los otros y nos ha transmitido por medio de su *Evangelio* el relato seguro de todo aquello cuya verdad ha captado suficientemente aprovechando la convivencia y el trato con Pablo, así como la conversación con los demás apóstoles ¹⁵⁹.

16 Y esto es lo que tenemos sobre el tema. En momento más apropiado trataremos de explicar, por medio de citas de los antiguos, lo que sobre este punto han dicho otros también.

17 De los escritos de Juan, además del *Evangelio*, también se admite sin discusión, por modernos y por antiguos, la primera de sus cartas. En cambio se discuten las otras dos ¹⁶⁰.

18 Por lo que hace al *Apocalipsis*, todavía hoy la opinión de muchos se bifurca en uno u otro sentido. También él recibirá en el momento oportuno su sanción, extraída del testimonio de los antiguos ¹⁶¹.

[DE LAS DIVINAS ESCRITURAS RECONOCIDAS Y SOBRE LAS QUE NO
LO SON]

1 Llegados aquí, es razón de recapitular los escritos del *Nuevo Testamento* ya mencionados ¹⁶². En primer lugar hay que poner la téttrada santa de los *Evangelios*, a los que sigue el escrito de los *Hechos de los Apóstoles*.

2 Y después de éste hay que poner en lista las *Cartas* de Pablo ¹⁶³. Luego se ha de dar por cierta la llamada *I de Juan*, como también la *de Pedro* ¹⁶⁴. Después de éstas, si parece bien, puede colocarse el *Apocalipsis de Juan* ¹⁶⁵, acerca del cual expondremos oportunamente lo que de él se piensa.

3 Estos son los que están entre los admitidos. De los libros discutidos, en cambio, y que, sin embargo, son conocidos de la gran mayoría, tenemos la *Carta* llamada *de Santiago*, la *de Judas* ¹⁶⁶ y la

II de Pedro ¹⁶⁷, así como las que se dicen ser *II* y *III de Juan* ¹⁶⁸, ya sean del evangelista, ya de otro del mismo nombre.

4 Entre los espurios colóquense el escrito de los *Hechos de Pablo* ¹⁶⁹, el llamado *Pastor* ¹⁷⁰ y el *Apocalipsis de Pedro* ¹⁷¹, y además de éstos, la que se dice *Carta de Bernabé* ¹⁷² y la obra llamada *Enseñanza de los Apóstoles* ¹⁷³, y aun, como dije, si parece, el *Apocalipsis de Juan*: algunos, como dije, lo rechazan, mientras otros lo cuentan entre los libros admitidos ¹⁷⁴.

5 Mas algunos ¹⁷⁵ catalogan entre éstos incluso el *Evangelio de los hebreos* ¹⁷⁶, en el cual se complacen muchísimo los hebreos que han aceptado a Cristo. Todos estos son libros discutidos.

6 Pero hemos creído necesario tener hecho el catálogo de éstos igualmente, distinguiendo los escritos que, según la tradición de la Iglesia, son verdaderos, genuinos y admitidos, de aquellos que, diferenciándose de éstos por no ser testamentarios ¹⁷⁷, sino discutidos, no obstante, son conocidos por la gran mayoría de los autores eclesiásticos, de manera que podamos conocer estos libros mis-

mos y los que con el nombre de los apóstoles han propalado los herejes pretendiendo que contienen, bien sean los *Evangelios de Pedro* ¹⁷⁸, de Tomás ¹⁷⁹, de Matías ¹⁸⁰ o incluso de algún otro distinto de éstos, o bien de los *Hechos* de Andrés ¹⁸¹, de Juan ¹⁸² y de otros apóstoles. Jamás uno sólo entre los escritores ortodoxos juzgó digno el hacer mención de estos libros en sus escritos.

7 Pero es que la misma índole de la frase difiere enormemente del estilo de los apóstoles, y el pensamiento y la intención de lo que en ellos se contiene desentona todavía más de la verdadera ortodoxia: claramente demuestran ser engendros de herejes. De ahí que ni siquiera deben ser colocados entre los espurios, sino que debemos rechazarlos como enteramente absurdos e impíos.

Continuemos ahora nuestro relato.

26

[DEL MAGO MENANDRO]

I Al mago Simón le sucedió Menandro ¹⁸³, el cual, por su manera de obrar, mostró ser una segunda arma del poder diabólico no inferior a la primera. También él era samaritano y, en su progreso hasta la cima de la hechicería, no fue menor que su maestro, sino que abundó en milagrerías aún mayores. A sí mismo se llama-

ba, como si realmente lo fuera, el salvador enviado de algún lugar de lo alto, desde eones invisibles, para salvación de los hombres.

2 Y enseñaba que nadie podría en modo alguno aventajar incluso a los mismos ángeles que han hecho el mundo si primero no era conducido a través de la experiencia mágica transmitida por él y a través del bautismo por él impartido. Los que son considerados dignos de éste participarán ya en esta vida de la inmortalidad perdurable y no morirán ya más, antes permanecerán acá para siempre, no envejecerán y serán inmortales. Este punto es fácil conocerlo por los escritos de Ireneo ¹⁸⁴.

3 También Justino, al mencionar a Simón por la misma razón, añade una relación acerca de este otro, diciendo:

«Sabemos también que cierto Menandro, samaritano igualmente, oriundo de la aldea llamada Caparatea, después de hacerse discípulo de Simón y estando también él poseído por los demonios, se personó en Antioquía, y con su arte mágica sedujo a muchos. Y convenció a sus secuaces de que no morirían. Hoy quedan algunos de su secta que lo siguen profesando» ¹⁸⁵.

4 Era sin duda obra del influjo diabólico el echar mano de semejantes hechiceros revestidos del nombre de cristianos para afanarse en calumniar al gran misterio de piedad, acusando de magia ¹⁸⁶, y destrozando por su medio los dogmas de la Iglesia acerca de la inmortalidad del alma y la resurrección de los muertos. Mas aquellos que reconocen a éstos como salvadores se han venido abajo de la verdadera esperanza.

[DE LA HEREJÍA DE LOS EBIONITAS]

1 Pero a otros el demonio malvado, impotente para arrancarlos de su disposición para con el Cristo de Dios, se los apropió al encontrar otros puntos por donde agarrarlos. A éstos, los primeros, los llamaron ebionitas ¹⁸⁷, como cuadraba, puesto que tenían sobre Cristo pensamientos pobres y de baja estima.

2 Y es que pensaban de él que era simple y común hombre ¹⁸⁸ solamente, justificado a medida que progresaba ¹⁸⁹ en su carácter, y nacido de la unión de un hombre y de María. Creían absolutamente necesaria para ellos la observancia de la ley ¹⁹⁰, alegando que no se salvarían por la sola fe y por vivir conforme a ella.

3 Pero, aparte de éstos, había otros de la misma denominación que escapaban a su extraña insensatez ¹⁹¹. No negaban, efectivamente, que el Señor había nacido de una virgen y del Espíritu Santo. Pero, lo mismo que aquéllos, tampoco éstos confesaban que, por ser Dios, Verbo y Sabiduría, preexistía ya. De esta manera tornaban a la impiedad de los primeros, sobre todo cuando, lo mismo que ellos, ponían su empeño en rodear de gran honor la observancia de la ley.

4 Creían además éstos que era de todo punto necesario recha-

zar las *Cartas del Apóstol*, a quien llamaban apóstata de la ley ¹⁹², mientras que usaban exclusivamente el llamado *Evangelio de los hebreos*, sin importarles para nada los restantes ¹⁹³.

5 Lo mismo que aquéllos, observaban el sábado y lo demás de la disciplina judaica. Sin embargo, los domingos celebraban ritos semejantes a los nuestros en memoria de la resurrección del Salvador.

6 De ahí les ha venido, por tales prácticas, la denominación que llevan: el nombre de ebionitas manifiesta la pobreza de su inteligencia, pues con ese nombre se llama entre los hebreos al pobre.

28

[DEL HERESIARCA CERINTO]

1 Tenemos sabido que por las fechas mencionadas ¹⁹⁴ Cerinto se hizo cabecilla de otra herejía ¹⁹⁵. Cayo, a quien hemos ya citado antes ¹⁹⁶, escribe acerca de él lo que sigue, en la disputa que se le atribuye:

2 «Sin embargo, también Cerinto, por medio de revelaciones que dice estar escritas por un gran apóstol ¹⁹⁷, introduce milagre-

rías con el engaño de que le han sido mostradas por ministerio de los ángeles ¹⁹⁸, y dice que, después de la resurrección, el reino de Cristo será terrestre y que de nuevo la carne, que habitará en Jerusalén, será esclava de pasiones y placeres ¹⁹⁹. Como enemigo de las Escrituras de Dios y queriendo hacer errar, dice que habrá un número de mil años de fiesta nupcial» ²⁰⁰.

3 Y además Dionisio ²⁰¹, que en nuestro tiempo obtuvo el episcopado de la iglesia de Alejandría, al decir en el libro II de sus *Promesas* ²⁰² algunas cosas acerca del *Apocalipsis* de Juan como recibidas de una antigua tradición, hace mención del mismo Cerinto con estas palabras:

4 «Y Cerinto ²⁰³, el mismo que instituyó la herejía que de él toma nombre, la cerintiana, y que quiso acreditar su propia invención con un nombre digno de fe. Este es, efectivamente, el tema de la doctrina que enseña: que el reino de Cristo será terreno.

5 »Y como él era un amante de su cuerpo y enteramente carnal, soñaba que consistiría en lo mismo que él deseaba: hartazgos

del vientre y de lo que está debajo del vientre, es decir: en comidas, en bebidas, en uniones carnales y en todo aquello con que le parecía que se procuraría estas cosas de una manera más bienso-nante: fiestas, sacrificios e inmolación de víctimas sagradas».

6 Esto dice Dionisio. E Ireneo, después de exponer, en el libro I de su obra *Contra las herejías*, algunos de los errores más abominables del mismo Cerinto ²⁰⁴, nos ha transmitido por escrito, en el libro III, un relato que no es para olvidar, procedente, dice, de la tradición de Policarpo ²⁰⁵. Afirma que el apóstol Juan entró cierta vez en los baños públicos para lavarse, mas, enterándose de que dentro se hallaba Cerinto, se alejó presuroso del lugar y huyó hacia la puerta, por no soportar el hallarse bajo el mismo techo que él, y exhortaba a los que le acompañaban a que hicieran otro tanto, diciendo: «Huyamos, no sea que los mismos baños se derrumben por estar dentro Cerinto, el enemigo de la verdad».

29

[DE NICOLÁS Y DE LOS QUE DE ÉL TOMAN EL NOMBRE]

I En esta época surgió además la herejía llamada de los nicolaítas, que duró poquísimos tiempo y de la cual hace mención también el *Apocalipsis* de Juan ²⁰⁶. Estos se jactaban de que Nicolás era

uno de los diáconos compañeros de Esteban encargados por los apóstoles del servicio de los necesitados ²⁰⁷. Al menos Clemente de Alejandría, en el libro III de los *Stromateis*, cuenta sobre él, literalmente, lo que sigue:

2 «Este, dicen, tenía una mujer hermosa. Después de la ascensión del Salvador, habiéndole reprochado los apóstoles el ser celoso, sacó a su mujer en medio y la permitió entregarse a quien lo quisiera, porque, se dice, esta práctica se halla de acuerdo con aquel dicho: 'Hay que abusar de la carne' ²⁰⁸. Y en verdad, por seguir lo que se hizo y se dijo por simplicidad y sin pensarlo, los que comparten su herejía se prostituyen sin la menor reserva.

3 »Sin embargo, yo sé que Nicolás no tuvo comercio con mujer que no fuera aquella con quien se había casado, y que, de sus hijos, las hembras llegaron vírgenes a la vejez y el varón permaneció puro. Siendo esto así, la exposición de su mujer, de la que estaba celoso, en medio de los apóstoles, era un rechazo de la pasión, y la abstinencia de los placeres que más ansiosamente se buscan enseñaba a 'abusar de la carne', pues creo que, conforme al mandato del Salvador, él no quería *ser esclavo de dos señores* ²⁰⁹, el placer y el Señor.

4 »Dicen igualmente que también Matías enseñaba esto mismo: a la carne, compartirla y abusar de ella, sin consentirle nada por

placer; y al alma acrecentarla mediante la fe y el conocimiento» 210. Esto, pues, baste sobre los que, si emprendieron en la época mencionada 211 la tarea de pervertir la verdad, con todo, se extinguieron por completo con más rapidez de lo que lleva el decirlo.

30

[DE LOS APÓSTOLES CUYO MATRIMONIO ESTÁ COMPROBADO]

1 Clemente, cuyas palabras acabamos de leer, a continuación de lo dicho anteriormente y por causa de los que rechazan el matrimonio, nos da una lista de los apóstoles que está comprobado que fueron casados y dice:

«¿O también han de desaprobarnos a los apóstoles? Porque Pedro 212 y Felipe procrearon hijos; es más, Felipe dio maridos a sus hijas 213, y Pablo, al menos en cierta *Carta*, no vacila en dirigirse a su consorte 214, que no llevaba consigo por facilitar el ministerio» 215.

2 Y puesto que hemos mentado estas cosas, nada impide que citemos también otro relato de Clemente digno de ser expuesto. Lo escribió en el libro VII de los *Stromateis* y lo narra de la siguiente manera:

«Pues se cuenta que el bienaventurado Pedro, cuando vio que su propia mujer era conducida al suplicio, se alegró por causa de su llamada y de su retorno a la casa, y gritó fuerte para animarla y consolarla, llamándola por su nombre y diciendo: '¡Oh, tú, acuérdate del Señor!' Tal era el matrimonio de los bienaventurados y la perfecta disposición de los más queridos» ²¹⁶. Este era el sitio oportuno para esto, por venir al caso del tema que tratamos.

31

[DE LA MUERTE DE JUAN Y DE FELIPE]

1 Ya hemos explicado anteriormente el tiempo y el modo de la muerte de Pablo y de Pedro, así como también el lugar donde fueron depositados sus cuerpos después que partieron de esta vida ²¹⁷.

2 De Juan en cambio, por lo que hace al tiempo, también está ya dicho ²¹⁸; mas, por lo que atañe al lugar de su cuerpo, se indica en la carta de Policrates, obispo de la iglesia de Efeso, la que escribió al obispo de Roma Víctor ²¹⁹. Junto con Juan hace mención del apóstol Felipe y de las hijas de éste en los siguientes términos:

3 «Porque también en Asia reposan grandes luminarias ²²⁰ que resucitarán el último día de la venida del Señor, cuando venga

de los cielos con gloria en busca de todos los santos: Felipe, uno de los doce apóstoles ²²¹, que reposa en Hierápolis con dos hijas suyas que llegaron vírgenes a la vejez, y la otra hija ²²², que, después de vivir en el Espíritu Santo, descansa en Efeso ²²³; y además está Juan, el que se recostó sobre el pecho del Señor ²²⁴ y que fue sacerdote portador del pétalon ²²⁵, mártir y maestro; éste reposa en Efeso» ²²⁶.

4 Esto acerca de la muerte de estas lumbreras. Mas también en el *Diálogo* de Cayo—del que hemos hecho mención algo más arriba—, Proclo—contra el cual iba dirigida la disputa—, coincidiendo con lo expuesto, dice sobre la muerte de Felipe y de sus hijas lo siguiente:

«Después de éste ha habido en Hierápolis, la de Asia, cuatro

profetisas, las hijas de Felipe. Allí están sus sepulcros y el de su padre» 227.

5 Así Proclo. Y Lucas, en los *Hechos de los Apóstoles*, hace mención de las hijas de Felipe, que entonces vivían en Cesarea de Judea junto con su padre, y que habían sido agraciadas con el don de profecía; dice textualmente lo que sigue: *Vinimos a Cesarea y entramos en casa de Felipe el evangelista—pues era uno de los siete— y permanecemos en su casa. Tenía éste cuatro hijas vírgenes, que eran profetisas* 228.

6 Después de haber descrito en lo que precede cuanto ha llegado a nuestro conocimiento acerca de los apóstoles y de los tiempos apostólicos, así como de los escritos sagrados que nos dejaron, e incluso acerca de los que son discutidos, pero que, no obstante, en la mayor parte de las iglesias muchos los leen en público, y de los que son por entero espurios y ajenos a la ortodoxia apostólica, continuemos avanzando en nuestra narración.

32

[DE CÓMO SUFRIÓ MARTIRIO SIMEÓN, EL OBISPO DE JERUSALÉN]

1 Después de Nerón y Domiciano, refiere una tradición que, bajo el emperador cuya época estamos ahora investigando 229, se

volvió a levantar la persecución contra nosotros, parcialmente y por ciudades, a causa de levantamientos populares ²³⁰. En ella Simeón, el hijo de Clopás, del cual ya declaramos ²³¹ que fue el segundo obispo de la iglesia de Jerusalén, hemos sabido que terminó su vida en el martirio.

2 Testigo de ello es aquel mismo Hegesipo, del cual ya antes hemos utilizado diferentes pasajes. Al hablar de algunos herejes ²³², añade claramente que por este tiempo, efectivamente, el mencionado Simeón hubo de sufrir una acusación y que durante muchos días fue maltratado de muchas maneras por ser cristiano, y que después de dejar admiradísimos al juez mismo y a los que le acompañaban, alcanzó un final semejante a la pasión del Señor ²³³.

3 Pero nada mejor que escuchar al mismo escritor, que relata esto mismo textualmente como sigue:

«A partir de esto, evidentemente algunos herejes acusan a Simón ²³⁴, el hijo de Clopás, por ser descendiente de David ²³⁵ y cristiano, y así sufre martirio a la edad de ciento veinte años, bajo el emperador Trajano y el gobernador Atico» ²³⁶.

4 El mismo autor dice que incluso los mismos verdugos ocurrió que fueron apresados cuando se buscó a los descendientes de la tribu real de los judíos, por serlo ellos también. Haciendo un cálculo se podría decir que también Simeón vio y oyó personalmente al Señor, basándose en la larga duración de su vida y en la mención que el texto de los evangelios hace de María de Clopás ²³⁷, del cual ya antes se demostró que aquél era hijo ²³⁸.

5 El mismo escritor dice que también otros descendientes de uno de los llamados hermanos del Salvador, de nombre Judas, sobrevivieron hasta este mismo reinado, después de haber dado testimonio de su fe en Cristo bajo Domiciano, como ya antes hemos referido ²³⁹. Escribe lo siguiente:

6 «Vienen, pues, y se ponen al frente ²⁴⁰ de toda la Iglesia como mártires ²⁴¹ y como miembros de la familia del Salvador ²⁴². Cuando en toda la Iglesia se hizo paz profunda, viven todavía hasta el tiempo del emperador Trajano, hasta que el hijo del tío del Salvador, el llamado anteriormente Simón ²⁴³, hijo de Clopás, fue denunciado y acusado igualmente por las sectas ²⁴⁴, también por la misma razón, bajo el gobernador consular Atico. Durante muchos días lo torturaron y dio testimonio, de manera que todos, incluido el goberna-

dor, quedaron grandemente admirados de cómo seguía resistiendo a pesar de sus ciento veinte años ²⁴⁵. Y lo mandaron crucificar» ²⁴⁶.

7 Después de esto, el mismo autor, explicando lo referente a los tiempos indicados, añade que, efectivamente, hasta aquellas fechas la Iglesia ²⁴⁷ permanecía virgen, pura e incorrupta ²⁴⁸, como si hasta ese momento los que se proponían corromper la sana regla de la predicación del Salvador, si es que los había, se ocultaran, en tiniebla oscura.

8 Mas cuando el coro sagrado de los apóstoles alcanzó de diferentes maneras el final de la vida y hubo desaparecido aquella generación de los que fueron dignos de escuchar con sus propios oídos a la divina Sabiduría, entonces tuvo principio la confabulación del error impío por medio del engaño de maestros de falsa doctrina, los cuales, al no quedar ya ningún apóstol, en adelante, a cabeza descubierta ya, intentarán oponer a la predicación de la verdad la predicación de la falsamente llamada gnosis ²⁴⁹.

33

[DE CÓMO TRAJANO PROHIBIÓ QUE SE BUSCARA A LOS CRISTIANOS]

I Tan grande fue, es verdad, la persecución que por aquel tiempo se extendió en muchos lugares contra nosotros, que Plinio

Segundo ²⁵⁰, notabilísimo entre los gobernadores, inquieto por la muchedumbre de mártires, da cuenta al emperador del excesivo número de los que eran ejecutados por su fe, y, a la vez, en el mismo documento, le advierte de que no se les ha sorprendido obrando nada impío ni contrario a las leyes, si no es el hecho de levantarse al tiempo de la aurora para entonar himnos al Cristo como a un Dios, pero que el adulterar y el cometer homicidios y crímenes del mismo estilo también ellos lo tienen prohibido, y que en todo obran conforme a las leyes.

2 La respuesta de Trajano ²⁵¹ fue promulgar un decreto del tenor siguiente: que no se buscara a la tribu de los cristianos, pero que se castigara al que cayere. Gracias a esto, se extinguió en cierto modo la persecución, que amenazaba apretar terriblemente, mas no por eso faltaron pretextos a los que querían hacernos mal. Unas veces eran las poblaciones, otras las mismas autoridades locales las que preparaban las asechanzas contra nosotros, de manera que, aun sin persecuciones manifiestas, se encendieron focos parciales, según las provincias, y gran número de creyentes combatieron en diversos géneros de martirio.

3 El relato está tomado de la *Apología* latina de Tertuliano, mencionada más arriba ²⁵²; traducido, es como sigue:

«Sin embargo, hallamos que se prohíbe hasta el que se nos busque. Efectivamente, Plinio Segundo, gobernador de una provincia, después de condenar a algunos cristianos y deponerlos de sus dignidades ²⁵³, asustado por su número y no sabiendo ya qué le quedaba por hacer, consultó con el emperador Trajano, alegando que, fuera de que no querían adorar a los ídolos, nada impío había encontrado en ellos. Le informaba también de lo siguiente: que los cristianos se levantaban con la aurora y cantaban himnos al Cristo como a Dios y que, para mantener su conocimiento ²⁵⁴, tenían prohibido matar, cometer adulterio, codiciar, robar y cosas parecidas. A esto Trajano respondió que no se buscara a la tribu ²⁵⁵ de los cristianos, pero que se castigase al que cayere» ²⁵⁶. También esto ocurrió en este tiempo.

34

[DE CÓMO EL CUARTO EN DIRIGIR LA IGLESIA DE ROMA ES EVARISTO]

De los obispos de Roma, el tercer año del emperador citado anteriormente, Clemente acabó su vida después de transmitir su cargo a Evaristo y de haber estado en total nueve años al frente de la enseñanza de la palabra divina ²⁵⁷.

[DE CÓMO EL TERCERO EN DIRIGIR LA IGLESIA DE JERUSALÉN ES JUSTO]

Mas, cuando Simeón murió del modo que hemos expuesto ²⁵⁸, recibió en sucesión el trono del episcopado de Jerusalén un judío llamado Justo, que era uno de los innumerables que, procediendo de la circuncisión, habían creído por entonces en Cristo.

[DE IGNACIO Y SUS CARTAS]

1 Brillaba por este tiempo en Asia Policarpo, discípulo de los apóstoles, al que habían confiado el episcopado de la iglesia de Esmirna los testigos oculares y ministros del Señor ²⁵⁹.

2 A la vez adquirían notoriedad Papias, obispo también de la iglesia de Hierápolis ²⁶⁰, e Ignacio, el hombre más célebre para muchos todavía hasta hoy, segundo en obtener la sucesión de Pedro en el episcopado de Antioquía ²⁶¹.

3 Una tradición refiere que éste fue trasladado de Siria a la

ciudad de Roma para ser pasto de las fieras, en testimonio de Cristo ²⁶².

4 Al ser conducido a través de Asia, bajo la vigilancia cuidadísima de los guardianes, iba dando ánimos con sus charlas y exhortaciones a las iglesias de cada ciudad donde hacían parada. En primer lugar los exhortaba a que sobre todo se guardasen de las herejías, que precisamente por entonces comenzaban a pulular ²⁶³, y los excitaba a aferrarse sólidamente a la tradición de los apóstoles ²⁶⁴, que, por estar ya él a punto de sufrir martirio, creía necesario poner por escrito en gracia a la seguridad.

5 Y así fue que, hallándose en Esmirna, donde estaba Policarpo, escribió una carta a la iglesia de Efeso ²⁶⁵, haciendo mención de Onésimo, su pastor ²⁶⁶; otra a la de Magnesia, la que está sobre Meandro, mencionando igualmente al obispo Damas ²⁶⁷, y otra a la de Trales, cuyo jefe era por entonces, dice, Polibio ²⁶⁸.

6 Además de éstas, escribió también a la iglesia de Roma una carta en que va exponiendo su súplica de que no intercedan por él, no sea que le priven del martirio, su anhelada esperanza. En

apoyo de lo que hemos dicho, bien será citar algunos pasajes de dichas cartas, aunque sean brevísimos.

Escribe, pues, textualmente:

7 «Desde Siria hasta Roma vengo luchando con fieras por tierra y por mar, de noche y de día, atado a diez leopardos, esto es, un piquete de soldados ²⁶⁹ que se vuelven peores con el bien que se les hace. Mas con sus malos tratos más y más soy discípulo. Sin embargo, no por eso estoy justificado ²⁷⁰.

8 «¡Ojalá pudiera yo gozar de las fieras que me están preparadas! Pido hallarlas bien expeditas para conmigo. Llegaré hasta a adularlas para que me devoren prontamente y no me hagan lo que a algunos, que por temor no los tocaron, y si se hacen las remolonas y no quieren, yo mismo las forzaré.

9 «Perdonadme. Yo sé lo que me conviene. Ahora estoy comenzando a ser discípulo. Que ninguna cosa ni visible ni invisible tenga celos de que yo alcance a Jesucristo. Fuego y cruz y manadas de fieras, dispersión de huesos, destrozamiento de miembros, trituración del cuerpo todo y tormentos del diablo vengan sobre mí, con tal solamente que yo alcance a Jesucristo» ²⁷¹.

10 Esto escribía desde la ciudad mencionada a las iglesias que hemos enumerado. Mas hallándose ya lejos de Esmirna, desde Tróade se pone a conversar, asimismo por escrito, con los de Filadelfia ²⁷² y con la iglesia de Esmirna ²⁷³, y en particular con Policarpo ²⁷⁴, que la presidía. Reconociendo a éste como varón ver-

daderamente apostólico y porque él mismo era pastor legítimo y bueno, le confía su propio rebaño de Antioquía y le pide que se preocupe de él con solicitud ²⁷⁵.

11 El mismo, escribiendo a los esmirniotas y citando pasajes de no sé dónde, discurre acerca de Cristo con palabras así:

«En cuanto a mí, sé y creo que incluso después de la resurrección permanece en su carne, y cuando se acercó a los que rodeaban a Pedro les dijo: 'Tomad y palpadme, y ved que no soy un espíritu incorpóreo'. Y al punto ellos le tocaron y creyeron» ²⁷⁶.

12 También Ireneo conoce su martirio y hace mención de sus cartas cuando dice así:

«Como dijo uno de los nuestros condenado a las fieras por su testimonio en favor de Dios, 'trigo soy de Dios y por los dientes de las fieras soy molido para ser hallado como pan puro'» ²⁷⁷.

13 Y Policarpo hace mención también de esto mismo en la carta que se dice de él, dirigida a los Filipenses ²⁷⁸, cuando dice textualmente:

«Os exhorto, pues, a todos vosotros, a obedecer y a ejercitar

toda paciencia, la que visteis con vuestros ojos no solamente en los bienaventurados Ignacio, Rufo y Zósimo, sino también en otros de los vuestros, y en el mismo Pablo y en los demás apóstoles, persuadidos de que todos éstos no corrieron en vano ²⁷⁹, sino en la fe y en la justicia, y de que están ya en el lugar que les es debido, junto al Señor, con el cual padecieron ²⁸⁰. Porque no amaron este siglo de acá ²⁸¹, sino a aquel que murió por nosotros y por nosotros también resucitó, por obra de Dios» ²⁸².

Y añade luego:

14 «Me escribisteis vosotros e Ignacio para que, si alguno marchara a Siria, llevase también vuestras cartas. Tal haré si encuentro ocasión favorable, o bien yo mismo o bien uno que envíe y que será también embajador de parte vuestra.

15 »Las cartas de Ignacio que él envió y todas las otras que teníamos con nosotros, os las enviamos, como nos lo habéis pedido; van adjuntas a la presente carta. De ellas podréis sacar gran provecho, ya que están llenas de fe, de paciencia y de toda edificación concerniente a nuestro Señor» ²⁸³.

Esto es lo que se refiere a Ignacio. Después de él, recibió la sucesión del episcopado de Antioquía Heros ²⁸⁴.

[DE LOS EVANGELISTAS QUE TODAVÍA ENTONCES SE DISTINGUÍAN]

1 Entre los que por este tiempo eran famosos, estaba también Cuadrato, del cual refiere una tradición que sobresalía en el carisma profético, junto con las hijas de Felipe ²⁸⁵. Y también eran célebres entonces, además de éstos, otros muchos que tuvieron el primer puesto en la sucesión de los apóstoles ²⁸⁶. Estos magníficos discípulos de tan grandes hombres edificaban sobre los cimientos de las iglesias echados anteriormente en cada lugar por los apóstoles ²⁸⁷, acrecentaban más y más la predicación y sembraban por toda la extensión de la tierra habitada la semilla salvadora del reino de los cielos.

2 Efectivamente, muchos de los discípulos de entonces, heridos en sus almas por la palabra divina con un amor muy fuerte a la filosofía ²⁸⁸, primeramente cumplían el mandato salvador reparando entre los indigentes sus bienes ²⁸⁹, y luego emprendían viaje y realizaban obra de evangelistas ²⁹⁰, empeñando su honor en predicar a los que todavía no habían oído la palabra de la fe y en transmitir por escrito los divinos evangelios ²⁹¹.

3 Estos hombres no hacían más que echar los fundamentos de la fe en algunos lugares extranjeros ²⁹² y establecer a otros como pastores ²⁹³, encargándoles el cultivo de los recién admitidos, y en seguida se trasladaban a otras regiones y a otras gentes con la gracia y la cooperación de Dios, puesto que por medio de ellos seguían realizándose aún entonces muchos y maravillosos poderes del Espíritu divino, de suerte que, desde la primera vez que los oían, muchedumbres enteras de hombres recibían en masa con ardor en sus almas la religión del Creador del universo.

4 Siéndonos imposible enumerar por su nombre a todos los que en la primera sucesión de los apóstoles fueron pastores e incluso evangelistas en las iglesias de todo el mundo ²⁹⁴, es natural que mencionemos por sus nombres y por escrito solamente a aquellos de los cuales se conserva la tradición todavía hasta hoy gracias a sus memorias de la doctrina apostólica.

38

[DE LA CARTA DE CLEMENTE Y LOS ESCRITOS QUE SE LE ATRIBUYEN FALSAMENTE]

I No cabe duda, pues, de que tales son Ignacio, en sus cartas, cuya lista hemos dado, y Clemente en la carta por todos admitida, que escribió en nombre de la iglesia de Roma a la de Corinto ²⁹⁵. En ella expone Clemente muchos pensamientos de la *Carta a los Hebreos*, e incluso utiliza textualmente algunos pasajes de la mis-

ma ²⁹⁶, mostrando así con toda claridad que este escrito no es reciente.

2 De ahí que haya parecido natural catalogarlo entre los demás escritos del Apóstol ²⁹⁷. Porque Pablo platicó por escrito con los hebreos valiéndose de su lengua patria, y unos dicen que quien tradujo la carta fue el evangelista Lucas ²⁹⁸, pero otros, en cambio, afirman que fue este mismo Clemente ²⁹⁹,

3 lo cual sería quizás más verdadero por el hecho de conservar ambas, la *Carta de Clemente* y la *Carta a los Hebreos*, un carácter estilístico semejante, además de no diferenciarse mucho el pensamiento de uno y otro escrito.

4 Ha de saberse además que hay una *segunda carta* que se dice de Clemente ³⁰⁰, pero no sabemos que se la conozca al igual que la primera, ya que tampoco los antiguos la han utilizado, que sepamos.

5 Y muy recientemente algunos han sacado a la luz, diciendo que son de él, otros escritos, verbosos y largos, que contienen los diálogos de Pedro y de Apión ³⁰¹. De estos escritos ni se halla la menor mención entre los antiguos ni, efectivamente, conservan puro el carácter de la ortodoxia apostólica. En consecuencia, está claro cuál es el escrito admitido de Clemente. También se ha hablado de los de Ignacio y Policarpo.

[DE LOS ESCRITOS DE PAPIÁS]

1 Escritos de Papiás se dice que son cinco, bajo el título de *Explicaciones de las sentencias del Señor* ³⁰². De ellos hace Ireneo mención como de los únicos escritos por Papiás; dice así:

«Esto lo atestigua también por escrito Papiás, que fue oyente de Juan, compañero de Policarpo y varón de los antiguos ³⁰³, en el libro cuarto de los escritos por él, porque, efectivamente, tiene escritos cinco libros» ³⁰⁴.

2 Esto es lo que Ireneo dice. Papiás mismo, en cambio, según el prólogo de sus tratados, no se presenta a sí mismo en modo alguno como oyente y como testigo ocular de los sagrados apóstoles ³⁰⁵, sino que enseña haber recibido lo referente a la fe de boca de quienes los habían conocido. Estas son sus palabras:

3 «No vacilaré en ponerte ordenadamente con las interpretaciones todo cuanto un día aprendí muy bien de los presbíteros y

que bien recuerdo, segurísimo como estoy de su verdad. Porque yo no me complacía como hace la gente en los que mucho hablan, sino en los que enseñan la verdad; ni tampoco en los que recuerdan mandamientos ajenos, sino en los que traen a la memoria los que se han dado a la fe de parte del Señor y nacen de la verdad misma.

4 »Y si acaso llegaba alguno que había seguido también a los presbíteros, yo procuraba discernir las palabras de los presbíteros: qué dijo Andrés, o Pedro, o Felipe, o Tomás, o Santiago, o Juan, o Mateo o cualquier otro de los discípulos del Señor, y qué dicen Aristión y el presbítero Juan, discípulos del Señor, porque yo pensaba que no me aprovecharía tanto lo que sacara de los libros como lo que proviene de una voz viva ³⁰⁶ y durable» ³⁰⁷.

5 Aquí bueno será también hacer notar que enumera dos veces el nombre de Juan. Al primero lo pone en lista con Pedro, Santiago, Mateo y los demás apóstoles ³⁰⁸, siendo evidente que señala al evangelista; en cambio, al otro Juan, después de cortar el discurso, lo coloca con otros, fuera del número de los apóstoles, anteponiéndole Aristión y llamándole claramente presbítero ³⁰⁹.

6 De manera que también por esto se demuestra que es verdad la historia de los que dicen que en Asia hubo dos con ese mismo nombre, y en Efeso dos sepulcros, de los que aun hoy día se afirma que son, uno y otro, de Juan ³¹⁰. Es necesario prestar atención a estos hechos, porque es probable que fuese el segundo—si no se prefiere el primero—el que vio la *Revelación* (= *Apo-calipsis*) que corre bajo el nombre de Juan ³¹¹.

7 Ahora bien, Papías, de quien estamos hablando, confiesa que las palabras de los apóstoles las ha recibido de los discípulos de éstos, mientras que de Aristión y de Juan el Presbítero dice haber sido él mismo oyente directo ³¹². Efectivamente, los menciona por su nombre muchas veces en sus escritos y recoge sus tradiciones.

8 Y no se diga que por nuestra parte es inútil lo dicho. Pero es justo añadir a las palabras de Papías ya citadas otros dichos suyos con los que refiere algunas cosas extrañas y otros detalles que, según él, le han llegado por la tradición.

9 Ahora bien, ya quedó explicado más arriba ³¹³ que el apóstol Felipe había morado en Hierápolis con sus hijas, pero ahora hay que señalar cómo Papías, que vivió en esos mismos tiempos,

hace mención de haber recibido un relato maravilloso de boca de las hijas de Felipe. Narra, efectivamente, la resurrección de un muerto ocurrida en su tiempo y, por si fuera poco, otro hecho portentoso referente a Justo, el apellidado Barsabás, pues sucedió que éste bebió una pócima mortal sin que, por gracia del Señor, sufriera daño alguno.

10 A este Justo, después de la ascensión del Salvador, los sagrados apóstoles le pusieron junto con Matías y oraron sobre ellos para que la suerte completara su número en lugar del traidor Judas; lo cuenta el libro de los *Hechos* de la siguiente manera: Y pusieron a dos: *José, llamado Barsabás, que tenía por sobrenombre Justo, y Matías. Y orando sobre ellos dijeron* ³¹⁴.

11 El mismo Papias cuenta además otras cosas como llegadas hasta él por tradición no escrita, algunas extrañas parábolas del Salvador y de su doctrina, y algunas otras cosas todavía más fabulosas.

12 Entre ellas dice que, después de la resurrección de entre los muertos, habrá un milenio, y que el reino de Cristo se establecerá corporalmente sobre esta tierra ³¹⁵. Yo creo que Papias supone todo esto por haber tergiversado las explicaciones de los apóstoles, no percatándose de que éstos lo habían dicho figuradamente y de modo simbólico.

13 Y es que aparece como hombre de muy escasa inteligencia, según puede conjeturarse por sus libros. Sin embargo, él ha sido

el culpable de que tantos escritores eclesiásticos después de él hayan abrazado la misma opinión que él, apoyándose en la antigüedad de tal varón, como efectivamente lo hace Ireneo y cualquier otro que manifieste profesar ideas parecidas.

14 En su propia obra transmite Papías todavía otras interpretaciones de las palabras del Señor recibidas de Aristión, mencionado arriba ³¹⁶, así como también otras tradiciones de Juan el Presbítero. A ellas remitimos a cuantos quieran instruirse. Ahora nos vemos obligados a añadir a sus palabras anteriormente citadas una tradición acerca de Marcos, el que escribió el *Evangelio*, que viene expuesta en los términos siguientes:

15 «Y el Presbítero decía esto: Marcos, intérprete que fue de Pedro, puso cuidadosamente por escrito, aunque no con orden ³¹⁷, cuanto recordaba de lo que el Señor había dicho y hecho. Porque él no había oído al Señor ni lo había seguido, sino, como dije, a Pedro más tarde, el cual impartía sus enseñanzas según las necesidades y no como quien se hace una composición de las sentencias del Señor, pero de suerte que Marcos en nada se equivocó al escribir algunas cosas tal como las recordaba ³¹⁸. Y es que puso toda su preocupación en una sola cosa: no descuidar nada de cuanto había oído ni engañar en ello lo más mínimo» ³¹⁹.

16 Esto es lo que cuenta Papías acerca de Marcos. Referente a Mateo, dice lo siguiente:

«Mateo ordenó las sentencias en lengua hebrea, pero cada uno las traducía como mejor podía» ³²⁰.

17 El mismo escritor utiliza testimonios tomados de la carta primera de Juan, e igualmente de la de Pedro, y expone también otro relato de una mujer acusada de muchos pecados ante el Señor, que se contiene en el *Evangelio de los hebreos* ³²¹. Quede constancia obligada también de esto, además de lo ya expuesto.